

851.4
T

PQ4642
521
P4
V.1

ESTA TRADUCCIÓN SE PUBLICA
CON AUTORIZACIÓN DE SU AUTOR.

CANTO PRIMERO

ARGUMENTO.—Dios ordena al ángel Gabriel que baje á Tortosa, y Bullón convoca los jefes del ejército cristiano, que por inspiración divina, y de común acuerdo, le nombran su capitán. Godofredo pasa una revista á su ejército y se pone en marcha con él hacia Jerusalén. Esta noticia lleva el terror al alma del rey de Palestina.

I

Las pías armas canto y el guerrero
que, la gloriosa empresa coronando,
la tumba de Jesús salvó el primero,
el ánimo y la espada trabajando.
En vano se le opuso el Orco entero,
toda el Asia y la Libia á un tiempo alzando;
que el Señor le amparó, y á sus pendones
recogió sus errantes campeones.

II

¡Oh Musa!, tú que de laurel la frente
no vistes en las cumbres de Helicon,
mas en el cielo entre la electa gente
ciñes de estrellas inmortal corona,
nunda el alma de piedad ferviente,
nspira mis acentos, y perdona
si, á mundanos deleites acudiendo,
verdades y artificios voy tejiendo.

BIBLIOTECA DEL MUNICIPIO DE MONTAÑES
"MEXICO 1925"
1925. 1925 MONTAÑES, MEXICO

III

Sabes que el hombre corre do el Parnaso
 sus lisonjeros dones siempre abulta,
 y al pecho más esquivo se abre paso
 en dulces versos la verdad oculta.
 Así con miel los límites del vaso,
 tiñe al rapaz enfermo hermana adulta;
 amargos jugos engañado bebe,
 y al propio engaño la salud le debe.

IV

Tú ¡magnánimo Alfonso! que aplacaste
 de mi estrella el rigor, y al mar incierto,
 errante peregrino, me arrancaste,
 dando á mis ansias bonancible puerto;
 tú recibe estos versos que inspiraste,
 de mi fiel gratitud tributo cierto:
 tiempo habrá que mi pluma precursora
 cante de ti lo que bosqueja agora.

V

Razón será que si á feliz reposo
 torna el paciente pueblo de María,
 y con armas resuelve al trace odioso
 la injusta presa arrebatár un día;
 razón será que en tierra ó mar sañoso
 te elija á ti su capitán, su guía,
 ¡émulo de Bullón! Benigna oreja
 dame en tanto, y las armas apareja.

VI

Son ya más de seis años que de Oriente
 el cruzado á las lides ha venido,
 y ha expugnado á Nicea, y á la ardiente
 Antioquía con artes ha vencido.
 Después contra persiana inmensa gente
 en batalla campal la ha defendido;
 ganada ora Tortosa, en paz salvaba
 de la cruda estación la furia brava.

VII

Y ya el fin del lluvioso y triste invierno,
 que las lides parò, lejos no era,
 cuando el Señor desde su solio eterno,
 que está del cielo en la región postrera,
 y cuanto hay desde el sol al bajo infierno
 tanto está más allá de la alta esfera,
 bajó los ojos, y en un punto y una
 mirada vió cuanto la tierra aduna.

VIII

Miró todas las cosas, y en Soría
 se detuvo y los príncipes cristianos,
 y con aquél mirar que adentro espía
 los afectos recónditos humanos,
 mira á Gofredo, que arrojar ansía
 de la ciudad sagrada á los paganos,
 y en celo puro el ánima abrasada,
 gloria, imperio y poder estima en nada.

IX

Ve á Baldovino en su codicia inmundo,
 que á intereses terrenos sólo aspira;
 ve á Tancredo olvidar la vida, el mundo;
 tanto en su ciego amor arde y delira;
 y afirmar los cimientos á Boemundo
 de Antioquía, su nuevo reino, mira;
 é introducir costumbres, artes, leyes,
 y el verdadero altar del Rey de reyes;

X

Tanto en esto ocupando el pensamiento,
 que otras deja en olvido inclitas cosas.
 En Reinaldo descubre el noble aliento,
 las indómitas fuerzas belicosas,
 su desprecio del oro y alto asiento,
 su sed de honor, de empresas generosas;
 y le ve que de Güelfo atento pende,
 y de él las glorias de su raza aprende.

XI

Y luego que las hondas intenciones
 de unos y otros repasa el Rey del mundo,
 á Gabriel llama á sí, que en las regiones
 de angélico esplendor es el segundo;
 que entre Dios y los rectos corazones
 es intérprete fiel, nuncio fecundo;
 que el divino mandato baja al suelo,
 y las preces del hombre sube al cielo.

XII

Y así le dice: «Mi mandato lleva
 hora á Gofredo, que con torpe olvido
 los gloriosos esfuerzos no renueva
 por ver el muro de Salem rendido.
 Llame á consejo y á los tardos mueva,
 y él los conduzca al triunfo esclarecido.
 Aquí le elijo yo, y allá en Soría
 todos le acatarán caudillo y guía.»

XIII

Habla el Señor; y el ángel se apresura
 á ejecutar veloz lo que dispone;
 y al dejar su invisible forma pura
 no al sentido mortal se sobrepone;
 antes humanos miembros y figura
 viste y con alta majestad compone,
 y entre infante y mancebo la edad miente,
 y orna en rayos de luz la rubia frente.

XIV

Blancas alas con puntas de oro alcanza,
 incansables, veloces cual centellas;
 hiende el aire y las nubes, y se lanza
 sobre la tierra y sobre el mar con ellas.
 Así armado el celeste nuncio avanza
 de Palestina á las regiones bellas,
 y párase en el Libano sagrado,
 en las parejas alas sustentado.

XV

De Tortosa después hacia la playa
endereza resuelto el raudo vuelo.
El nuevo sol en la marina raya
su frente apenas enseñaba al suelo,
y ya Gofredo matutina ensaya
la prez que de costumbre manda al cielo,
cuando á la par del sol, si más luciente,
se le aparece el ángel por Oriente.

XVI

Y le dice: «Gofredo, he aquí oportuna
la estación que las lides aproxima.
¿Por qué pues oponer demora alguna
en romper las prisiones de Solima?
Tú á consejo los príncipes aduna,
tú de los tardos la constancia anima.
Jefe el Señor te escoge, y ellos gratos
prestarán obediencia á tus mandatos.

XVII

»Dios me envía su nuncio. Te revelo
por él su voluntad. ¡Qué de alegría
causarán tus victorias! ¡Cuánto celo
debes hoy á las huestes que te fia!»
Calla, y desaparecido, en raudo vuelo
sube á la alta mansión de eterno día.
Queda á tanto esplendor Gofredo en calma,
ciego en la vista, atónito en el alma.

XVIII

Mas luego que en sí vuelve, y que medita
del nuncio y la misión y quien la manda,
si antes lo quiso, hoy jefe, más le incita
su brio á terminar la guerra infanda;
no que codicia ó vanidad excita
la elección, en su pecho, veneranda;
mas su querer en el querer se enciende
de su Señor, cual leve chispa prende.

XIX

Á los varones pues, no ya apartados,
á reunión convida voluntaria;
cartas repite, avisos redoblados,
siempre unida al consejo la plegaria.
Cuanto place á los pechos esforzados,
ó anima voluntad tímida y varia,
todo fácil lo encuentra, y con tan leve
modo lo adorna, que persuade y mueve.

XX

Ya guerreros y príncipes llegaron,
y sólo Boemundo no venía.
Unos fuera sus tiendas asentaron,
y á otros dentro Tortosa contenía.
Allí los altos jefes se ayuntaron,
senado augusto, en memorable día,
y entre ellos empezó Bullón piadoso
con grave faz y acento majestuoso:

XXI

«Brazos de Dios, si á reparar los daños
de su ley combatida electos fuimos,
y seguros entre armas y entre engaños
por la tierra y la mar regir nos vimos,
así que someterle en breves años
tanta provincia indómita pudimos,
y sobre mil vencidas gentes fieras
su santo nombre alzar y sus banderas;

XXII

»No, á la verdad, dejamos, compañeros,
las dulces prendas del hogar querido,
ni expusimos las vidas á los fieros
trances de guerra, ó mar embravecido,
por alcanzarnos campos extranjeros
ó conquistar renombre esclarecido;
que fueran premio escaso, y de las almas
también en daño las sangrientas palmas.

XXIII

»Mas sólo nuestra mente se encamina
á expugnar de Sión los santos muros,
y al cristiano arrancar de la mezquina
suerte que le sujeta en fierros duros;
á fundar nuevo reino en Palestina,
donde el celo y la fe moren seguros,
sin que nadie al devoto peregrino
niegue la tumba de Jesús divino.

XXIV

»Grande es el riesgo, sin cesar ni un punto,
el trabajo mayor, la gloria leve,
y el brío de las armas á otro asunto
puede inclinarse, ó suspenderse en breve.
¿Qué presta, Europa, tu poder que junto
el Asia toda intrépido conmueve,
si el reino que á fundar hoy te encaminas,
en vez de levantar, trocaste en ruinas?

XXV

»¿Ni cómo imperio sostener durable
sobre humildes cimientos y mundanos,
con tan pocos de patria y fe mudable,
entre pueblos sin número paganos?
Cuando no hay qué aguardar del griego insta-
y auxilios de Occidente están lejanos, [ble,
no haremos sino mal que el Asia lllore,
y un sepulcro labrar que nos devore.

XXVI

»Persas, turcos, Antióquia, ¡alta memoria,
claros nombres, recuerdo peregrino!,
no hazañas nuestras son; celeste gloria,
mercedes caras de favor divino.
Mas si ya se convierte esa victoria
contra aquel fin que el donador previno,
perderla temo, y que rumor tan loco
la fábula del mundo sea en poco.

XXVII

»¡Ah! que en uso fatal tan caros dones
no del hombre malgaste la malicia.
Á las primeras altas intenciones
responda el fin: nos guíe la justicia.
Hora que libres son vías y acciones,
hora que la estación vuelve propicia,
¿quién nos quita buscar la Ciudad Santa,
término á tanto afán y á prueba tanta?

XXVIII

»Os lo repito, príncipes (mi acento
oír á el mundo presente, oír á el futuro,
Dios le oye ahora en su celeste asiento);
el tiempo de la empresa es ya maduro;
él será más dudoso, si más lento;
incierto ha de volverse lo seguro.
Nuncio soy: si olvidáis vuestro camino,
socorro habrá de Egipto el palestino.»

XXIX

Dijo, y siguió á su voz murmullo leve;
mas luego exclama el solitario viejo,
que entre grandes humilde asistir debe,
primer fautor del bélico aparejo:
«No da campo á la duda; es claro y breve
lo que exhorta Bullón y yo aconsejo.
Él con larga razón supo explicarlo;
príncipes, hora os toca el aprobarlo.»

XXX

»Cuando recuerdo el mal, la injuria ardiente,
causada por vosotros ó sufrida;
la discorde opinión; la obra indolente
á punto de lograrse detenida;
hallo causa y razón en alta fuente
de tan lánguida lucha y sostenida:
los pareceres muchos y contrarios,
la autoridad igual partida en varios.

XXXI

»Do no impera uno solo entre enemigos,
do el cargo y la misión nadie gradúa,
do inciertos van el premio y los castigos,
allí el gobierno sin timón fluctúa.
En un cuerpo juntad miembros amigos,
ved que el mal la indolencia perpetúa,
dad á uno solo el cetro y la balanza,
y él sostenga de Rey brío y pujanza.»

XXXII

Calló el anciano. Ya ¿qué pensamiento,
divo ardor, aura santa, te resiste?
inspiraste de Pedro tú el acento,
y en el alma á los nobles lo imprimiste.
Tú de envidia el innato sentimiento
con el de honor y gloria confundiste.
Así Güelfo y Guillelmo se humillaron,
y á Bullón los primeros aclamaron.

XXXIII

Lo aprueban los demás. Ya le es debido
deliberar, regir grandes y plebe,
y que dicte sus leyes al vencido,
y á su grado la guerra imponga y lleve.
El que antes fué su igual, hoy sometido
ser de su voluntad ministro debe.
Todo ajustado así, grande la fama
por lenguas infinitas se derrama.

XXXIV

Él se muestra á las tropas, que del puesto
do le alzaron le miran digno escudo,
y allí recibe plácido y modesto
el militar aplauso y el saludo.
Después que al signo humilde manifiesto
de obediencia y amor responder pudo,
manda que al otro sol, en hábil modo,
se le ofrezca ordenado el campo todo.

XXXV

Luminoso cual nunca y sosegado
su vuelta el sol por el Oriente hacia,
y bajo su pendón cada soldado
con armas sale al despuntar el día,
y muéstrase á Bullón en largo prado,
lúcidos los arreos á porfia.
Él, quieto en medio, desfilar delante
claro ve al caballero y al infante.

XXXVI

¡Memoria, de los años enemiga,
que las cosas reservas ó repartes!
válame tu favor, con que yo diga
de cada jefe y grey las nobles partes.
Suene su fama antigua, y hoy consiga
desempolvar sus viejos estandartes.
Orna mi humilde lengua, que te pide
lo que oiga toda edad y nunca olvide.

XXXVII

Los primeros los francos son temidos,
que antes Hugo mandó, del rey hermano:
fueron en la francesa isla escogidos
do riegan cuatro ríos fértil llano.
Mas Hugo ya no existe, y hoy regidos
son por Clotario, que conduce ufano,
real en su estirpe, egregio en su decoro,
la usada enseña de las lises de oro.

XXXVIII

Mil son de pesadísima armadura,
y les siguen mil más, por las señales
de sus armas, semblante y apostura,
orden y disciplina, en todo iguales.
Normandos son: Roberto de ellos cura,
por feudo sus vasallos naturales;
luego ostentan Guillelmo y Ademaro,
dos pastores de pueblos, nombre claro.

XXXIX

Cual éste aquél, al Redentor del mundo
el sacro oficio en su piedad renueva,
y hoy sometido á Marte furibundo,
largo el cabello bajo el casco prueba.
Cuatrocientos soldados el segundo
de Puy la noble y sus confines lleva.
No menos avezada al fuerte yelmo,
de Orange tropa igual muestra Guillermo.

XL

Baldovino después, noble precede
los que trajo su hermano á la palestra
bizarros boloñeses, que le cede
hoy que de todos capitán se muestra.
Luego el conde de Chartres le sucede,
por el consejo insigne y por su diestra:
son con él cuatrocientos. Triplicados
conduce Baldovin fuertes soldados.

XLI

Ocupa Güelfo el campo allí vecino,
hombre en quien á la suerte el genio iguala.
Cuenta por su paterno orden latino
largos abuelos de la Estense gala;
mas Germano, en el nombre y el destino,
en la gran casa Güelfa se señala.
Rige á Carintia, y cabe el Istro y Reno,
del suevo y reto antiguo el campo ameno.

XLII

De ese materno limite heredado
él ensanchó triunfante los confines;
tropel lleva á la muerte acostumbrado,
que no halla nunca temerarios fines;
que burla inviernos al hogar templado,
y con brindis celebra los festines.
Con cinco mil sus huestes fueron llenas:
hoy de aquéllas un tercio vive apenas.

XLIII

Sigue la gente roja, fresca y gayá
que entre el mar yace, el franco y el germano,
do el Mosa con el Rin su curso ensaya,
tierra en pastos feraz y en rubio grano.
Sus insulares en adusta playa
dique ofrecen al ávido Oceano;
mar que no sólo mercadante prora,
mas los reinos enteros los devora.

XLIV

Á mil asciende, y á Roberto empeña
su lealtad esa tropa y disciplina.
mayor del Anglia la falange isleña,
Guillermo, hijo menor del rey, domina.
Arco y flechas maneja, y á su enseña
se agrega gente al Polo más vecina,
que envía el irlandés, clima fecundo,
desde las tierras últimas del mundo.

XLV

Tancredo viene en pos. Nadie en campaña
tiene (aparte Reinaldo) ó más bravura,
ó mayor corazón para una hazaña,
ó más dotes de gracia y de hermosura.
Si alguna sombra su virtud empaña,
es de indómito amor fatal locura;
de amor que en vista rápida recibe,
y entre las armas de inquietudes vive.

XLVI

Es fama que aquel día en que glorioso
hubo el francés al persa derrotado,
cuando se halló Tancredo victorioso,
de seguir el alcance fatigado,
refrigerio buscando el labio ansioso
y quieto alivio el cuerpo trabajado,
fresca enramada halló do fuente viva
convidóle á aplacar la llama estiva.

XLVII

Allí de pronto se aparece armada,
menos la frente, una pagana bella,
que de la linfa nítida invitada,
vino á templar su ardor también en ella.
Él la observa y la admira, y abrasada
arde su mente al fin por la doncella,
y ¡oh maravilla! amor ya se complace
grande y fuerte en vencer, y apenas nace.

XLVIII

Ella viste su yelmo, y si no fuera
que acuden otros más, ya le asaltara.
Dejó al rendido pues la dama fiera,
que á la obligada fuga se prepara;
mas él guardó de su beldad guerrera
viva en el corazón la imagen cara,
y siempre el caso y el lugar presente
prestan pábulo eterno al fuego ardiente.

XLIX

Y tan caído el misero venía,
y tanta de su rostro es la mudanza,
que diestro observador notar podría
que le consume amor sin esperanza.
De Campania ochocientos conducía
esforzados jinetes, cuya lanza
honra la fértil playa y campo ameno
que acaricia jugando el mar Tirreno.

L

Con doscientos, no más, solo guerrea
griego escuadrón sin malla y sin loriga:
corvo fierro á su lado centellea,
y con arco y aljaba el hombro liga.
Corcel enjuto y diestro señorea,
parco al comer, robusto á la fatiga;
y en la huida veloz y en el amago,
corre y lidia en tropel errante y vago.

LI

Estos manda Tatino, y él se precia
 que sólo á los latinos acompaña.
 ¡Oh baldón! ¡Oh delito! Pues ¿no arrecia,
 Bizancio, á tu dintel la alarbe saña?
 ¿Y el fin aguardas de la lid ¡oh Grecia!
 como aquel que á función acude extraña?
 ¡Ah! sufre si te ves esclava inmunda;
 que no rigor, justicia es tu coyunda.

LII

Con gran orden escuadra en pos figura,
 la primera en valor, en gloria, en arte:
 los invictos guerreros de aventura,
 miedo del Asia son, rayos de Marte.
 Argos sus nautas calle, y la bravura
 fabulosa de Artur descanse aparte;
 que no hay memoria antigua ni honra clara,
 si á la de héroes tan grandes se compara.

LIII

Los conduce Dudón; y como duro
 sea juzgar de mérito y linaje,
 ofrecer al más viejo hallan seguro
 y al que más vió y anduvo su homenaje.
 Con fresco ardor en rostro ya maduro
 él esconde de edad el tardo ultraje,
 y las honrosas cicatrices muestra
 que honran su nombre en la marcial palestra

LIV

Va Ustaquio, hermano de Bullón, primero,
 por este nombre ilustre y por su espada,
 y va luego Enguerrando y va Rugiero,
 y Gernando después, la frente alzada,
 que de noruegos reyes heredero,
 de coronas y títulos se agrada,
 y entre los fuertes son y más gallardos
 un Gentón, un Rambaldo y dos Gerardos.

LV

Ni será que de Ubaldo y de Rosmundo,
 que el gran ducado de Alencastre hereda,
 ó el lombardo olvidar ramo fecundo
 de Aquiles, Forcia y Palamedes pueda,
 hermanos todos tres; ni obscuro al mundo
 del toscano Obizón el nombre queda;
 ni el de Otón fuerte, que ganó el escudo
 do vomita un dragón rapaz desnudo.

LVI

No atrás á Guasco ni á Rodolfo dejo,
 ni al uno y otro Guido, ambos famosos,
 ni á Eberardo y Gernier, brillante espejo
 de caballeros nobles y animosos.
 Mas ¿do lleváisme, de contar perplejo,
 tiernos Gildipa y Odoardo, esposos
 juntos hasta en la guerra, á quien la suerte
 no alcanzará á apartar ni con la muerte?

LVII

¿Qué no se aprende en la amorosa escuela?
 Gildipa allí guerrera fué atrevida;
 y hoy, siempre al dulce lado, se consuela
 con que anime á los dos la misma vida.
 No hay golpe que á uno solo canse ó duela,
 pues parten el dolor de toda herida;
 y á veces cuando aquél su sangre vierte,
 ésta en helado tronco se convierte.

LVIII

Mas el rapaz Reinaldo es sobre aquestos
 y sobre cuantos héroes se alabaron.
 Venció edad y esperanzas, y allí prestos
 con las flores los frutos se mostraron.
 ¡Viérasle alzar marciales y compuestos
 rasgos do el ira y gracia se juntaron!
 Si envuelto en armas su altivez le empeña,
 dirásle Marte; Amor, si el rostro enseña.

LIX

Del potente Bretoldo y de Sofia
 en la orilla del Ádige nacido,
 cuando no bien de su nutriz salía,
 Matilde le apartó del patrio nido.
 Educado en su escuela y compañía,
 las artes de reinar de ella ha sabido,
 hasta que enardecio la tierna mente
 la trompa que sonaba en el Oriente.

LX

Entonces (y tres lustros no cumpliera)
 huyó solo y siguió camino ignoto,
 y al través del Egipto y su ribera
 mostróle al fin la Cruz clima remoto.
 ¡Nobilísima fuga, que debiera
 de sus nietos ejemplo ser devoto!
 Son tres años que persa gente doma,
 y el bozo apenas por su labio asoma.

LXI

Pasados los jinetes, suelta viene
 gente de á pie. Raimundo va delante.
 Rige á Tolosa y trae de entre Pirene,
 el Garona y la mar el duro infante.
 Hábil la hueste cuatro mil contiene,
 y es del hambre y fatiga tolerante.
 ¡Pueblo tal, por más sabio no ha podido
 ni más fuerte varón ser conducido!

LXII

Mas cinco mil Estéfano de Ambosa
 de Blois y de Turena allí conduce.
 No es robusta la gente ni animosa,
 si bien cargada de metal reluce.
 Muelle la tierra, gaya y deleitosa,
 á sus hijos también tales produce.
 Su primero embestir fuego respira,
 pero bien pronto ténplase y espira.

LXIII

Cual Capaneo en Tebas, el tercero
con rostro amenazante Alcastro viene.
Seis mil suizos, tropel agreste y fiero,
de los castillos de los Alpes tiene,
que de la esteva el surcador acero
á nueva forma y uso audaz previene,
y con la mano que la mies segara
á combatir naciones se prepara.

LXIV

Desplegar miro al lado el estandarte
con las llaves de Pedro y la corona.
Con siete mil Camilo de esa parte
bravos infantes su piedad blasona,
y alegre de que el cielo le reparte
la noble empresa que su nombre abona,
quiere al mundo mostrar que es disciplina,
si algo le falta á la virtud latina.

LXV

Mas las bellas falanges han pasado,
que ya de todas la postrera es ésta,
cuando Bullón los jefes á su lado
reúne y su intención les manifiesta.
Apena el nuevo día haya apuntado,
quiere á marchar la multitud dispuesta;
que su llegada á la ciudad hoy monta
más imprevista sea, si más pronta.

LXVI

Ya á disponerse al peligroso viaje
y al combate y al triunfo los anima,
y de varón tan sabio tal lenguaje
ansioso escucha cada cual y estima.
Así inflamados de marcial coraje,
impacientes esperan la luz prima;
mas no Bullón la aguarda sin recelo,
si bien esconde su mortal desvelo.

LXVII

Porque nuevas seguras ha tenido
que el rey de Egipto á Gaza ya movía
con ejército fuerte y escogido,
por cubrir las fronteras de Soría.
Ni hallar puede que en ocio esté sumido
rey que tantas empresas cauto guía;
antes fatal contrario le predice,
y á Enrique, heraldo fiel, así le dice:

LXVIII

«Tu rumbo velocísimo pronuncia
del griego, en barco leve, hacia la tierra:
pronto allí va á llegar (y me lo anuncia
labio que nunca en sus avisos yerra)
joven real que á sus pompas hoy renuncia
por ayudarnos inclito en la guerra,
y príncipe danés, conduce él solo
la flor de su nación vecina al Polo.

LXIX

»Mas como el griego principe el tributo
quiera imponer de su maldad sabida,
y pararle en su marcha irresoluto
ò mudarla á región desconocida,
quiero le pintes con sermón astuto
que está su bien y el nuestro en su venida,
y no su alta opinión ponga en balanza,
pues manchará su nombre vil tardanza.

LXX

»Mas tú del griego Rey la compañía
no dejarás y buscarás su ayuda;
que ya más de una vez él la ofrecía,
y el pacto que juró falsario muda.»
Así le habla y exhorta, y le confía
las cartas en que al principe saluda.
Parte Enrique veloz, y Godofredo
con la esperanza nueva alivia el miedo.

LXXI

Y á la siguiente luz, el alba appena
las puertas abre del rosado Oriente,
eco de trompas y atambores suena,
y anima á caminar la armada gente;
que no es tan grato el nubarrón que truena,
nuncio feliz de lluvia al suelo ardiente,
como á la turba fiera el ruido claro
del instrumento bélico le es caro.

LXXII

Y sus armas registra al sol que apunta
más ágil cada cual con el deseo,
y por su enseña rápido pregunta
presto ceñido del usado arreo.
Ya ordenado el ejército se junta,
ya el aire azota el bélico trofeo,
y en la enseña imperial, entre oro y plata,
la roja Cruz triunfante se dilata.

LXXIII

De niebla exento y de vapor obscuro
el sol en tanto hacia el cenit asciende:
fulgor derrama por el éter puro,
y como vasta hoguera el aire enciende:
de los arneses lanza el fierro duro
trémulo brillo que la vista ofende,
mientras relinchos mil el campo atruenan
entre las armas que chocando suenan.

LXXIV

El Capitán que ardides emboscados
teme, y guardar su ejército desea,
jinetes manda á la ligera armados,
el terreno á explorar que le rodea,
y también por su frente adelantados
obreros tiene y gente que provea
á llenar fosos y abatir alturas,
y las vías limpiar y hacer seguras.

LXXV

No hay de erizado muro los dobleces,
ni emboscada ó fragor de selva ignota,
ni de torrente ó lluvias altas creces,
que ya suspendan su veloz derrota.
Tal de otros ríos el monarca, á veces,
si caudal desusado le alborota,
rompe de ambas orillas la cadena
y su impetuosa furia nada enfrena.

LXXVI

Solo puede el de Trípoli, que guarda
armas, tesoro y gente que le incite,
hacer la entrada de Bullón más tarda;
mas no de guerra la ocasión permite;
antes con muestras de afición gallarda
por sus tierras pacífico le admite,
y de estrecha amistad los pactos hace
como imponerla al Capitán le place.

LXXVII

Así desde el Seír, que soberano
domina la ciudad por el Oriente,
turba inmensa de fieles baja al llano
de varia edad, de sexo diferente,
y le ofrece sus dones al cristiano,
y en ver se goza y admirar presente
tanto espléndido arnés. De ellos segura
y fiel guía Gofredo se procura.

LXXVIII

Del cual sabiendo que la escuadra amiga
por las costas y calas se introduce,
las falanges de Cristo, sin fatiga,
por recta vía y junto al mar conduce;
porque así fácil recibir consiga
cuanto Grecia en sus ínsulas produce
de rubio grano, cándida galleta
y el preciado licor de Quío y Creta.

LXXIX

Bajo el peso de barcas y galeras
hoy gime de la mar el hondo seno,
y á cruzar con sus quillas más veleras
espacio no le queda al sarraceno;
que de Jorge y de Marcos las banderas
no dominan ya solas el Tirreno,
mas ligero el francés, Albión y Holanda
y Sicilia también sus flotas manda.

LXXX

Y éstos, á quien la Cruz en firme lazo
de voluntad inseparable uniera,
toman de un sitio y otro en breve plazo
cuanto al terrestre ejército cumpliera:
el cual, libre ya viendo de embarazo
de el enemigo el paso á la frontera,
en marcha velocísima se avanza
á do Jesús sufrió la impia venganza.

LXXXI

Mas ya la fama á adelantar se atreve,
ó con veraz rumor ó con mentido,
que alza sus tiendas y tardar no debe
el vencedor piadoso campo unido;
y qué escuadras y cuántas hora mueve,
y el nombre de los jefes ha extendido,
sus hechos, su valor, y pone espanto
al inicuo opresor del templo santo.

LXXXII

Y como el mal acaso que se aguarda
mayor suele afligir que el mal presente,
de cada incierto ruido se acobarda
suspensa el alma, atónita la mente,
y ya un murmullo en recorrer no tarda
por fuera el campo y la ciudad doliente,
mientras el viejo monarca horrible idea
en el turbado espíritu pasea.

LXXXIII

Aladino es el rey que de ese trono
nuevo señor, la vida en susto pasa.
Ya su innata fiereza en abandono
puso el cansancio de la edad no escasa;
mas hoy que entiende del latino encono
acometida ver la propia casa,
junta al viejo temor miedo presente,
de enemiga temblando y propia gente.

LXXXIV

Porque en la gran ciudad mezclado mora
pueblo de ley diversa y ministerio.
La parte inmensa en el Corán adora;
del Dios trino la escasa en el misterio;
pero cuando á Salem ganó en mal hora,
y en ella el Rey estableció su imperio,
á unos les dió de la victoria el fruto,
y en los otros dobló carga y tributo.

LXXXV

Y hora en el riesgo la crueldad nativa,
que inerte reposaba y perezosa,
pronto en su pecho irritase y aviva,
como nunca de sangre y luto ansiosa.
Torna así fiera la estación estiva
sierpe entre el hielo mansa y soporosa;
doméstico león, si otro le ofende,
en su furor primero tal se enciende.

LXXXVI

«Leo el placer, decía, que alborozaba
la inicua grey con la reciente fama:
ella en el duelo universal se goza,
y nuestro afán y sufrimientos ama:
aun mi muerte tal vez ella reboza
con insidia feroz y horrenda trama,
ó cómo deje las guardadas puertas
al pueblo suyo y mi contrario abiertas.

LXXXVII

»Mas no lo alcanzará. Su último instante
al desfogar mi enojo ya contemplo:
sabré al anciano herir y al tierno infante.
¡Que asuste á todos sanguinario ejemplo!
Haré pira al cadáver palpitante
del arruinado hogar y ardido templo,
y allá en la tumba que su error venera
sus ministros serán hostia primera.»

LXXXVIII

Así el impío en su interior razona;
mas no prosigue la intención bastarda,
y si al fin á los míseros perdona,
no su piedad, su miedo es quien los guarda;
que si un peligro próximo le encona,
otro mayor le hiela y le acobarda.
Cegar teme el acceso á trato y paces,
y el triunfo teme de las francas haces.

LXXXIX

Templa el malvado pues la furia insana
y á nuevo asunto á convertirla llega:
ya no sufre mansión íntegra ó sana
do se repare el franco en la refriega:
los edificios rústicos aplana
ó los palacios á la llama entrega:
turba arroyos y fuentes, y en sus senos
mil confunde mortíferos venenos.

XC

Inexorable y cauto, medios halla
de arrostrar un asedio dilatado.
Fuerte ya por tres puntos la muralla
sólo el de Septentrión no está guardado;
mas ya su previsión con foso y valla
consiguió reforzar el débil lado.
Luego á los suyos á la lid provoca,
y de asoldada gente asaz convoca.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO